



MIGUEL SERVET O LA INQUIETUD

II

El hallazgo fisiológico y las andanzas teológicas de Miguel Servet

He hablado en otra ocasión de ese demonio, atisbado por la pupila certera de Stefan Zweig, que alienta ardiente y desaforado bajo la piel espiritual de muchos grandes hombres.

Miguel Servet, en la segunda etapa de su vida, percibía con frecuencia el hálito ardoroso de su demonio moral, las llamadas frenéticas del rojo personaje que lo incitaba incansable a la lucha y la acción.

En sus días de París, Servet extrae de los helados cuerpos del amasijo colorado y amarillo de los músculos y de las blancas y azuladas cuerdecillas de nervios y arterias, como extrae el pescador la ostra perlífera del fondo arenoso de la ensenada, la genial intuición de la circulación pulmonar de la sangre.

En aquella época era Servet hombre de carnes flacas, rostro anguloso, mirada penetrante, experta en otear sutilezas teológicas como paisajes anatómicos; la frente despejada y algo abombada, el pelo recio y partido en crenchas a ambos lados de la cabeza, las cejas convergiendo y suministrando firmeza y tenacidad al rostro, la nariz recta, las mejillas aplastadas, una boca cruel y trazada a gubía, la barbucha y el bigote recortados y agrestes, emergiendo de la toga unas manos afiladas de filósofo. La fisonomía, hosca y dura, con una sombra de astucia, agazapada tras las pupilas. Un rostro que tenía del león

la fiera prestancia, de la vulpeja la agudeza sutil.

De los hallazgos fisiológicos de Servet tenemos noticia por su obra *De Restitutio Christianismi*, publicada en 1553, réplica a la famosa *Institución Cristiana*, escrita en latín hacía algún tiempo por Juan Calvino. En aquel místico odre deslizó Servet unas gotas de su hallazgo anatómico. Los humanistas del Renacimiento acostumbraron siempre a escribir obras de tinte enciclopédico. Así Descartes, en su inolvidable *Discurso del método*, y Leonardo de Vinci, en sus manuscritos.

Miguel Servet, deslizó en su libro teológico su descubrimiento fisiológico. Oigamos su voz firme, a través de la versión que el ilustre historiador Pijoan nos da de sus palabras: «El espíritu vital tiene su origen en el ventrículo izquierdo del cuerpo y los pulmones ayudan esencialmente a su producción. Es un vapor lúcido de la sangre, compuesto de agua, aire y fuego, que se produce de la mezcla del aire que respiramos con la más sutil porción de la sangre que va al ventrículo derecho desde el ventrículo izquierdo. Pero el paso de la sangre desde un ventrículo al otro no se verifica a través del septum, o sea del tabique que divide el corazón, como se cree generalmente, sino por otra combinación admirable: la sangre va de la arteria pulmonar a la vena pulmonar, pasando a través de los pulmones. En este curso se transforma y vuelve de color rojo brillante. Mezclada con el aire y libre de los gases fuliginosos por el acto de la respiración, la mezcla, perfecta y apropiadamente para residencia del espíritu vital, es atraída al corazón por la diástola y llega al ventrículo izquierdo.»

Para comprender la enorme trascendencia del descubrimiento de Servet, precisa recordar que hasta la época que nos ocupa había dominado el concepto galénico de que la sangre originada en el hígado, se mezclaba en el corazón a través de los poros del tabique interventricular con el espíritu vital.

A Servet corresponde el honor de haber establecido el mecanismo de la circulación pulmonar, como Harvey, el elegante médico de Carlos I de Inglaterra, describió la circulación general.

Mas el hallazgo de Servet no fué dado a la luz hasta 1546, cuando el médico español se hallaba en Viena, capital del Delfinado, donde el obispo monseñor Paumier, hombre amplio de ideas y liberal de acciones, le hizo médico de cámara y le albergó en su palacio.

Aquella permanencia en un palacio suntuoso y en un ambiente que rezumaba cordialidad y dulzura fué tal vez la mejor época de su inquieta existencia. Allí pudo haber vivido en paz meditando filosóficamente por los olorosos prados; pero otra vez su demonio moral, su ansia por arrojar a manos llenas la semilla que henchía los arcones de su espíritu, le lanza a la brega.

Publica su *Restitución del Cristianismo*, réplica a la citada obra de Calvino, a quien conocía desde su estancia en París, en la cual discutió con él. En aquella época, Cal-